

aclamar estrepitosamente, necesitaba desahogar sus iras también estrepitosamente.

Abiertas las Cámaras, al dirigirse á ellas, Rossi ^{13 de noviembre} es asesinado públicamente, y los triunfos del pontífice regenerador se cambian en los triunfos de un asesinato celebrado, no solo en Roma, sino en otras muchas partes de Italia.

En medio de la consternación general, y del espanto que produjo aquel golpe, y la proclamación de la Constituyente italiana, el mismo pontífice fué asaltado en su propio palacio; así fué, ^{13 de diciembre} que al verse abandonado por el vulgo que él había creído ser el pueblo, se arrojó en brazos de los príncipes, y huyó de Roma, yendo á refugiarse al reino de Nápoles. La Constituyente pronunció la destitución del Papa, proclamó el gobierno ^{9 febrero 1849.} republicano, y declaró bienes nacionales los bienes eclesiásticos. Trasladándose Mazzini á la República romana, fué nombrado triunviro, con Amellini y Saffi.

El gran duque de Toscana, hallándose sin fuerza bastante para resistir, y no queriendo dar motivo para reacciones, abandona también ^{7 de febrero} el país, y la Cámara nombra un gobierno provisional que desliga á todos del juramento prestado.

En la caída del pontífice pareció verse el hecho de una conjuración europea que tenía por objeto el subvertir todo el orden de cosas establecido, y hacer desaparecer toda subordinación (1). ^{1849.} España y Francia quisieron reintegrar al Papa en sus dominios, de modo que la suerte de la Italia sería decidida áun por las armas y los consejos extranjeros.

Una facción que en el Piamonte se titulaba democrática y proclamaba ruidosamente la necesidad de emprender una nueva guerra inmediatamente, llevó al ministerio á Gioberti; pero cuando este sugería la idea de impedir la intervención extranjera enviando tropas italianas ^{16 diciembre 1848.} para reconstituir la mitad de la Italia, se vió altamente desaprobado y obligado á abandonar el ministerio. Reemplazado por Chiodo, este promete ántes que todo la guerra con el Austria; y preparado ó no para hacerla, se rompe el armisticio. Desde el monte Cénis hasta Siracusa vuelven á palpar los corazones, como el año anterior, con nuevas y magnánimas esperanzas; pero ántes que llegasen los socorros, y sin hallarse casi dispuestos, una jornada en las llanuras de Novara bastó para dar un completo triunfo á los Austriacos. Al ver Carlos Alberto derrotado su ejército, abdica, y huye hasta la extremidad de la Europa, y al poco tiempo

(1) Contribuyó á creerlo así el que en el mismo día hubo un gran tumulto en París, en Viena, en Berlín y en Cracovia. También habían sido contemporáneas de la insurrección de Milán, las insurrecciones de Estokolmo, de Berlín, de Mónaco, y de otros países de Alemania.

sucumbe en Oporto, víctima de su dolor y de sus recuerdos.

Comprada la paz por su hijo Victor Manuel al precio de setenta millones, se dedicó á curar las heridas del país, y á consolidar las instituciones. El reino Lombardo-Veneto quedó á merced del despotismo militar, solamente Venecia, una vez rota la fusión hecha con el Piamonte, se decidió á *resistir á todo trance*, en nombre de San Marcos, y bajo la dirección del abogado Manini; y aun cuando fué abandonada por la flota sarda, y le faltaron los subsidios fraternales; á pesar de verse bloqueada cada vez más estrechamente, fué la única que, en medio de aquellos apuros, tuvo suficiente valor para discutir sobre las franquicias constitucionales prometidas al reino Lombardo-Veneto, y no ^{22 agosto.} capituló, sino cuando ya no tuvo un pedazo de pan que dar á sus habitantes.

Los republicanos del resto de la Italia habían ido á refugiarse á Roma, mientras que los príncipes desposeídos del poder fueron á refugiarse á Nápoles. Una poderosa expedición sale de este punto para domar á la Sicilia, á la que se consigue refrenar y hacer entrar en el orden por medio de prisiones, de formación de causas, y de ejecuciones de justicia, lo mismo que en las provincias de tierra firme. Vueltas á abrir las Cámaras en Nápoles, el 1º de Julio, no tardaron en ser disueltas, inaugurándose de nuevo el gobierno personal.

Alzándose los Florentinos contra un puñado de Liorneses y vengando con asesinatos los asesinatos con que había sido ensangrentada ^{11 abril.} la pacífica Toscana, volvieron á colocar al gran duque en el trono. Más afortunado este que los otros príncipes, habiendo sido restaurado por sus propios súbditos, fué celebrada su vuelta con estrepitoso aplauso, y hasta con entusiasmo. El gran duque hizo acuñar una medalla conmemorativa con las palabras HONOR, FIDELIDAD, para regalársela á los que habían contribuido á la restauración, y á los miembros del municipio; sin embargo, cedía ante las pretensiones del Austria sabiendo que aquellos señores que habían reclamado su venida lo habían hecho solo con el objeto de poner término á las discordias interiores del país, y temerosos de que, á consecuencia de la derrota de Novara, se hiciesen enteramente dueños de él los Alemanes; de modo que habiendo cesado de existir entre él y sus restauradores una mutua confianza, el gran duque ya no se confió más que en los Austriacos, y de ningún modo en su pueblo. Por el convenio de 22 de abril de 1850 se estableció la ocupación indefinida del gran ducado por las tropas austriacas, y la suspensión de las garantías constitucionales.

Los Franceses, después de haber desembar-

cado en Civitavecchia, y declarado que venían á restablecer el Gobierno pontificio, pero sin los abusos que habían desaparecido ya anteriormente, asaltaron á Roma, no sin mostrarse muy ^{5 abril.} maravillados de que los Italianos se defendiesen. Estos, sin tener un ejército regular, sin jefes experimentados, se condujeron como héroes é hicieron pagar muy cara la conquista de la ^{1849.} Ciudad Eterna, la cual no sucumbió sino después de veinte y seis días de trinchera abierta. El Papa tardó en volver á entrar en ella, en vista de la desolación y desorden en que se hallaba el país, infestado por partidas de malechores armados; olvidada toda obediencia, recurriendo las facciones á los asesinatos políticos; mezclada la estupidez de milagros ridículos con la rabia y el furor de nuevas y repetidas insurrecciones, y comprometida la autoridad espiritual y confundida y envuelta en el aborrecimiento á la autoridad temporal.

Así pues, lo que en todas partes se veía no era más que reformas, revoluciones, anarquía, reacción; después de los delirios del pueblo, vinieron los delirios de los príncipes, sin deseos ó sin predisposición á reconciliar y hermanar la subordinación con la libertad, el orden con el progreso, tomando pretexto y sirviéndose de los excesos de las exigencias, para negar hasta lo que era justo y había sido prometido: borrada toda iniciativa; anulada la moderadora acción é influencia de las gentes bien pensadas y animadas de buena voluntad; abandonado y entregado el progreso á una oposición que carecía de lógica y de eficacia, que no sabe ni evitar los padecimientos, ni sufrirlos.

Esta fué la primera vez que la Italia sublevada hiciera frente al Austria en una verdadera guerra; no con ejércitos disciplinados, sino con una juventud inexperta en el manejo de las armas, con poblaciones pacíficas, con ciudades abiertas tales como Milán, Venecia, Vicencia, Trevisa, Brescia, Bolonia, Ancona, Liorna y Roma que supieron resistir á los ejércitos austriacos y franceses, no solo en esos instantáneos arranques de valor, hijos del entusiasmo en los primeros momentos, sino con una difícil perseverancia, aun después de haber perdido las esperanzas del triunfo.

En medio de los deplorables disonamientos que ocurrieron y de las discordias que reinaron, una cosa fué comun en todos: el sentimiento de la nacionalidad; sentimiento expresado primeramente con gemidos, con demostraciones de gozo y entusiasmo después, y últimamente con protestas.

II.

LA NACIONALIDAD. — ALEMANES Y ESLAVOS.

Dejando á un lado los padecimientos de los individuos y de las naciones, la revolución de 1848 será memorable, porque al principio de la legalidad fictiva, de las tradiciones, y del derecho de gentes, sustituyó el de la nacionalidad, queriendo que los territorios fuesen demarcados, no conforme los convenios lo habían dispuesto, sino según las nacionalidades; que la nación, y no el Estado fuese considerada como el fundamento jurídico de las agregaciones humanas, y como fin supremo del derecho de gentes; que fuesen garantizados el respeto y la independencia de cada nacionalidad, y la coexistencia de esta fundada sobre la igualdad é independencia jurídica y legal de todas ellas.

Esta palabra, así como todas aquellas con que se aspira á compendiar un sistema completo, es entendida é interpretada de diferentes maneras. Mientras que los unos la aplican al origen, otros á la lengua, otros á la historia y otros á la disposición geográfica del terreno; algunos otros dan la preferencia á la libre asociación de las gentes viviendo una vida comun en un territorio determinado y fijo, con igualdad completa ó comunidad de costumbres, de instituciones y cultura. Esto prueba no hallarse faltos de base científica, ni el principio orgánico de la vida jurídica ó legal de los pueblos, ni la razón de los derechos y de los deberes públicos. Á lo sumo, y en caso de necesidad se podría demostrar que Niza y Saboya eran países italianos ó franceses, y que la Alsacia y la Lorena eran franceses ó alemanes. Apenas hay una nación en Europa de una raza pura á la que convengan y puedan aplicársele, en absoluto y enteramente, algunos de aquellos caracteres; caracteres de que carecen por completo los países del Asia y de la América. Con las nacionalidades triunfantes se tienen nacionalidades militantes como la Hungría, la Armenia y el Epiro; nacionalidades que sufren como la Italia, la Polonia y los países de Turquía. Con este principio se coarta y elide la acción del genio y de la iniciativa individual en los acontecimientos más grandiosos de la historia, y lo que se forma y constituye espontáneamente por sí mismo, ó por efecto de voluntad determinada hija de contingencias de tiempo y de lugar. No se puede mutilar al hombre reduciéndole á simple raciocinio, porque una palabra procede de la imaginación, otra del corazón, otra de la cabeza; y todo el conjunto de las facultades humanas llega, al fin, á abrazar y á contener el universo.

Así, cada pueblo se halla destinado (¿por quién? ¿cómo? esto es lo que ignoramos) á cumplir con un deber, á desempeñar una misión particular, á descubrir y hacer ver tal ó cual cara de la verdad ó una porción de ella, sirviéndose de una literatura y de una lengua particulares; de modo que cada una de ellas, marchando por el camino que le es propio, llega al gran fin del perfeccionamiento universal.

La idea sentimental, académica y jurídica de la nacionalidad, ha hecho cambiar en estos últimos treinta años la faz de la Europa; y hoy día vemos commoverse con esta misma idea á los pueblos de los confines orientales; no habiéndose sentido ménos eficazmente sus efectos en la Europa septentrional.

El Sacro Romano Imperio, en la edad media, habia efectuado la union del Estado con la Iglesia, como medio de conservar todo aquello que era comun á los pueblos de Europa: Dios, la fe, la ley, el derecho eclesiástico, y la lengua latina. Esta reciprocidad con la Europa meridional, si causó algunos conflictos, mantuvo tambien una vida activa y vigorosa.

Aquel carácter semipolítico y religioso se llegó á perder con la Reforma, y durante la guerra de los Treinta años. Sustrayéndose el Septentrion á la influencia y al vínculo moderador del Mediodía, cayó bajo el dominio de algunos principillos que lo degradaron. La paz de Westfalia volvió á reconstituir la Alemania, haciendo hereditarios muchos principados eclesiásticos que eran electivos; agrandando otros, y sobre todo, separando á los Católicos de los Protestantes. El emperador se hallaba á la cabeza de los primeros. Siendo este elegido por antigua costumbre entre los miembros de la Casa de Austria, resultaba que el imperio y el emperador solian tener intereses distintos, y eran émulos en los negocios interiores. En los exteriores, cada Estado obraba con entera independencia, tanto para hacer la paz ó la guerra, como para contraer alianzas; y habia alguno de estos príncipes que era por sí solo más poderoso que todo el imperio reunido. El ejército federal era muy corto, heterogéneo, bisoño; tan relajada y floja la autoridad central, que se hacian ligas separadas sin contar con ella, como antiguamente las ligas Sueva, Anseática, y más tarde las que se formaron para la guerra del norte, para combatir á Luis XIV y para la sucesion de España. El emperador no publicaba actos generales, y cuando á la muerte de Carlos VI pasó, por un momento, la corona imperial á la Casa de Baviera, se hallaron de tal modo entremezclados los archivos del imperio con los de Austria, que no fué posible el separarlos.

De esta manera, puesta la Alemania bajo la dependencia y autoridad nominal de una familia, fraccionada y roida por una multitud de principuelos, olvidada de la antigua confederacion y de cuando marchaba á la cabeza de la civilizacion cristiana; languidecia y vegetaba en medio de la Europa, para la cual el nombre de aleman era sinónimo de pereza, de estupidez y grosería.

Napoleon despojó á su arbitrio á los príncipes alemanes, y obligó al imperio á indemnizarlos con sus bienes: esto ocasionó injusticias, violencias, rapiñas y la funesta ambicion y el inmoderado deseo de engrandecerse cada uno á costa de su vecino. La nacionalidad germánica hubiera podido reconstituirse vigorosa y fuerte con la paz de 1815; pero despues de tantas violaciones como habia habido; despues de que de los trescientos cincuenta Estados que la componian, treinta y ocho solamente habian sobrevivido, se aparentó tener gran respeto á la legitimidad y á las tradiciones, hasta tal punto, que en la Confederacion solo fueron comprendidos los antiguos territorios imperiales, excluyendo de ella los que habian sido agregados nuevamente, como por ejemplo, aquellos que se le habian asegurado á la Prusia y al Austria. Los ejemplos del despotismo napoleónico habian deshabitado á los príncipes á respetar las libertades populares; los pequeños Estados tenian celos de la autoridad directiva, y esto daba lugar á que, hallándose tan débil el vínculo federal, y en tanto que no se estableciese de una manera mejor y más estable la norma del poder, y se determinase y definiese el modo de ejercerlo, la Dieta quedase, de hecho, árbitra y dueña de él. Existia una extraña variedad de leyes, de estatutos y costumbres. En muchos lugares duraba la jurisdiccion patrimonial, el vasallaje y los bienes nobles. Las contribuciones, los derechos, las cargas y gabelas eran muy desiguales; y en algunos Estados tales como en el Meklemburgo y en Hanóver, los nobles y el clero estaban exentos de todo tributo y carga.

La Prusia con elementos heteróclitos y con fronteras artificiales, se creyó destinada á unificar la Alemania empleando y sirviéndose de aquella franqueza que los errores mismos convierten en motivos de triunfo, y se hizo el centro de los recuerdos y de las esperanzas germánicas. Atrajo á sus Universidades á los hombres más notables y distinguidos por su saber y por su ingenio, y trató de reunir en una sola comunión las diferentes Iglesias protestantes, extendiendo su omnipotencia administrativa hasta sobre las conciencias. Con la Liga aduanera unia á la mayor parte de la Alemania, y por medio de sus grandes é incom-

parables ferias, de sus fábricas, de sus Universidades, de su tipografía y de sus ferrocarriles, venian á confundirse y reunirse aquellos á quienes la política separaba.

Entre tanto, fermentaban los ánimos, y aquella filosofía alemana que, apoyada exclusivamente sobre el racionalismo, diviniza al hombre, conducia á repudiar toda tradicion, para reconstituir la sociedad sobre ideas absolutas: y el espíritu democrático que se desprendia de esta filosofía, enardecido con la union de los estudiantes de las Universidades, con las sociedades secretas y con los escritos en que se desprestigiaba la autoridad, combatia y flagelaba aquellos príncipes, débiles con los fuertes, y tiránicos con los pueblos. Las disputas religiosas que los reyes no habian temido en un siglo descreido y positivo, volvieron á renacer con arrogancia inesperada; y si algunos le oponian sinceras convicciones y el derecho de exámen, la mayor parte, bajo el velo de estas discusiones, pedian franquicias civiles, é instituciones legales, ó aplicaban el racionalismo á los problemas vitales del hombre y de la sociedad.

En Francia, San Simon y Fourier habian proclamado, bajo distinto modo, doctrinas subversivas de la sociedad; Pedro Leroux continuó aquel apostolado. Ahora Herzen gritaba: « Nosotros no queremos edificar, sino destruir: ¡Viva la demolicion! ¡Viva el Caos! ¡Viva la Muerte! » Y Bakonine (muerto en 1876), salido de las minas de la Siberia, exclamaba: « Es necesario destruir todas las instituciones modernas: el Estado, la Iglesia, la magistratura, los Bancos, las Universidades, la administracion, el ejército, la policia; todas las fortalezas que el privilegio levantó contra el proletariado ». Proudhon y Fevrevach predicaban la anarquía, y Luis Blanc la realizaba con la creacion de los Talleres nacionales del gobierno para los obreros.

De este modo preconizaban muchos una revolucion que pervirtiese no solamente la religion, sino la moral; una nueva guerra de Treinta años efectuada con las armas despues de haberla estado provocando, durante cuatro lustros, en las aulas, en la prensa, con las canciones; guerra que, segun sus secretas intenciones, la revolucion francesa no habria sido más que un idilio, como dijo Heine, que desde París la fomentaba.

Á la nueva escuela apasionada por las teorías absolutas y apoyada sobre la soberanía popular, se oponia la escuela histórica que, repudiando los Parlamentos charlatanes y la representacion académica, preferia los Estados provinciales que tenian su origen y derivaban del antiguo derecho germánico y de las franquicias aristocráticas, eclesiásticas y municipales de la edad

media, puesto que estas representaban no volubles opiniones, sino franquicias positivas, las cuales, vueltas á coordinar, serian las solas capaces de poner impedimento verdadero al absolutismo administrativo y militar, y al aniquilamiento y decadencia de la nacionalidad.

El Austria, que era un imperio formado de reinos diversos, una federacion de naciones sujetadas en diferentes épocas y con pactos y convenios distintos; un Estado en el que existian todavia las discordancias más notables entre las razas, cuya mayor parte continuaba gobernándose por Constituciones históricas; parecia ser el país en donde hallase mayor oposicion aquel sistema; porque ni podia entrar en la liga aduanera con sus dominios de Italia y de Hungría, ni queria tampoco entrar sin ellos. El anhelo de la nacionalidad tendia á divorciar los Eslavos de los Alemanes; un prodigioso número de escritos que se publicaban contra el Austria revelaban la traima que se urdia, de lo que se gloriaban ser autores los liberales, mientras que no eran más que los instrumentos de que otros se servian.

Mirando estos al Austria y á su ministerio, como la rémora de todo progreso, se unian á la Prusia, bien porque la creyesen resuelta á marchar con ellos, ó bien para compelerla á ello con esta afectada adhesion. La ambicion prusiana, ménos disimulada despues de la muerte de Francisco I, vino á perturbar la armonía que existia con el Austria, desde que se formó la Santa Alianza. Mientras que el Austria envuelta y dominada por los mezquinos celos josefinos no se atrevia á ponerse franca y abiertamente á la cabeza de los Católicos, dejando esta importante primacia á una potencia de segundo orden cual era la Baviera; la Prusia se esforzaba en reunir en una sola confesion á todos los Protestantes, agrupándolos al rededor de la Catedral de Colonia. El Austria tenia súbditos de todas las lenguas entre los que los Eslavos eran preponderantes á los Alemanes: La Prusia con una sexta parte apénas de sus súbditos que no fuesen Alemanes, acariciaba el pensamiento, mostrando gran favor á los doctos; en contacto continuo con los Estados pequeños, desplegaba grande habilidad para conciliárselos y atraerlos, haciendo recaer sobre otros el odio de sus propios rigores. El Austria adormecida y consuetudinaria del antiguo sistema patriarcal, ocultaba hasta el bien que hacia; mientras que la Prusia lo hacia pregonar muy alto por las mil trompetas de la fama: floreciente, no tanto por su abundancia de recursos, sino por el producto de sus aduanas y por las economías hechas en el ejército; llamaba á sus Universidades á los grandes hombres, y hasta les daba entrada en los consejos del rey; unia

al Ems con el Rhin por medio del Lipa, y por consiguiente con el Mar Negro; aceleraba la desvinculación de las propiedades y de los mayorazgos; y prosiguiendo la manumisión de los villanos, según el sistema de Stein y de Hardenberg, aumentaba el número de los ciudadanos activos.

Se deseaba que los Estados fuesen arreglados en un orden tal, que pudiesen ser transformados en un cuerpo político civil, mientras que ahora no eran más que una agregación de provincias. El rey, sin embargo, no había querido nunca poner en ejecución las promesas hechas en 1813 de dar una constitución; solo concedió la reunión de Dietas ó consejos provinciales en los que estuviesen representados los diferentes Estados y las corporaciones civiles, con el derecho de ser consultados sobre la cuestión de impuestos y contribuciones, pero sin la iniciativa de petición, ni de hacer proposiciones al Gobierno; así sucedió que el rey se incomodó altamente cuando las provincias rinianas pidieron el conservar el tribunal del jurado, como bajo el imperio frances.

A la coronación de Federico-Guillermo IV, los diputados de las provincias recordaron al nuevo rey las promesas hechas por su padre, y manifestaron los deseos de tener una Constitución uniforme; pero el rey solo les concedió la autorización de que los Estados pudiesen publicar sus debates, por cuyo medio podrian expresar sus deseos y pedir otras garantías; además de la libre comunicación entre el clero católico y Roma, otorgó la igualdad en la distribución de los empleos públicos sin distinción ó exclusión de los Católicos, ni de los Hebreos; y en fin, mandó que se procediese desde luego á reunir lo que fuese necesario respecto á las tantas veces prometida, y siempre eludida convocación de los Estados generales. El rey que, así por sus estudios como por sus convicciones de conciencia, era partidario de la escuela histórica, cuando abrió la Asamblea protestó contra las Constituciones escritas, diciendo que debería apoyarse más bien que en estas, en las tradiciones y en los precedentes del país, y en el acuerdo mutuo entre el rey y sus súbditos. Este lenguaje y las restricciones impuestas á los Estados generales disgustaron de tal manera, que aquellos se disolvieron muy irritados, y el rey, por su parte, no tuvo deseo de volverlos á reunir de nuevo.

Mientras tanto, subía la marea popular: en todas partes, así los Estados provinciales como los generales de algunos países se mostraban más exigentes en sus numerosas demandas: el tiempo de las concesiones había pasado ya, ahora era reemplazado por el de las pretensiones.

El pueblo eslavo, á pesar de las diversas dominaciones extranjeras que ha sufrido, conserva las virtudes y los vicios de una civilización original. Somete el desarrollo del pensamiento á la profundidad de las creencias religiosas, de modo que no concibe la ciencia y el progreso sino bajo aquel aspecto, esto es, el religioso: profesa una gran veneración á la familia con la privilegiada autoridad moral del padre, y de ella hace derivar el amor á la comunidad, y el respeto á la autoridad. Por medio de este sistema patriarcal y á favor de él se conserva en aquel pueblo la servidumbre de la tierra y de las personas: servidumbre templada por la simplicidad en el modo de vivir. Este respeto que tiene por los tiempos pasados, hace á este pueblo tenaz é inquebrantable en sus costumbres como en su nacionalidad representada por su lengua.

Después de la revolución de 1831, la Rusia abolió el reino de Polonia, esto es, de la parte de esta nación que le fué asegurada por los tratados de 1815. Otras porciones de este reino les fueron adjudicadas al Austria y á la Prusia; y como sucede siempre con todas aquellas cosas que provienen de una injusticia, estas reparticiones fueron para la una y la otra causa de tumultos y de violencias. El Austria no prometió nada y dejó transcurrir medio siglo de gobierno provisional en la Galitzia y en la Lodomeria. Federico Guillermo de Prusia había hablado de nacionalidad y de Constitución, pero se esforzó en transformar á los Polacos en Alemanes, valiéndose y empleando como medios para conseguirlo, los enlaces matrimoniales, los empleos, y la religión; de esto resultaban desavenencias y opresión.

El Gobierno había regularizado la situación y las condiciones de existencia de las gentes campesinas, haciendo dueños y propietarios de las tierras que cultivaban como hipotecarios censualistas á los arrendatarios; exentos los aldeanos de aquella servidumbre, y enriquecidos, se mostraban agradecidos al Gobierno, y acariciaban la probabilidad de abatir á los nobles del país, ignorantes é inertes, por medio de una revolución social, no política. Las Dietas de Posen y Breslau habían pedido ya la libertad de la prensa y el respeto á la nacionalidad; palabras que se veían repetidas en los numerosos escritos publicados por los Eslavos diseminados en Europa. Estos estaban en secreta inteligencia con la Posnania, la Silesia, la Galitzia y la Polonia, haciendo á Cracovia el centro de sus tramas, cuya ciudad que se había conservado libre, en medio de los dominios de los tres soberanos que se habían repartido la Polonia, se sublevó en febrero de 1846, proclamando la resurrección de la gente eslava.

La Galitzia, que había tomado una gran parte en los preparativos de esta insurrección, saliendo de las vías legales, intentó hacer también una revolución promovida por la nobleza; pero lejos de ser secundada por la gente plebeya, esta se sublevó, á su vez, contra los nobles, se arrojó sobre ellos y los persiguió y sacrificó con el odio y la ferocidad que engendran las humillaciones y vejaciones sufridas durante algunos siglos, en términos que la humanidad se estremió con los horrores que se cometieron. Y como hacia tiempo que el Austria estaba siendo el macho de cabrio de la fábula, atribuyéndole todas las maldades que se cometían en Alemania y en Italia, se pretendió que ella era la que había excitado á aquella plebe feroz, y la que había pagado á tanto por cabeza, aquella horrible carnicería. El Gobierno austriaco rechazó semejantes acusaciones, y sujetó al país por medio de la ley marcial; y con el fin de apaciguar la renaciente agitación, abolió la servidumbre del acarreo y el servicio personal para segar el heno y desgranar las mieses, y confirió á los siervos el derecho de acudir directamente al jefe del círculo para presentar ante él sus quejas y dirimir sus querellas. Así era como el Austria continuaba su misión providencial de emancipar á la plebe, deprimiendo á la nobleza en beneficio del trono, y preparaba, al mismo tiempo, el triunfo del pueblo y de la libertad.

13 abril
1846.

La Prusia consiguió reprimir por medio de las armas á la Posnania que había respondido á aquel movimiento, sublevándose también; y en seguida, las tres potencias declararon que la República de Cracovia, que era la última reliquia de la nación polaca, quedaba anexionada al Austria, añadiendo que así como la habían mantenido hasta entonces libre, lo mismo podían hacerla ahora súbdita. ¡Tan grande era entonces la creencia que tenían en su omnipotencia y en el derecho de hacer su voluntad, como mejor les pareciera! En el pueblo eslavo continuó creciendo el fermento de su nacionalidad, no por efecto de las teorías académicas, sino por una dilatación de los sentimientos domésticos.

Este panslavismo, sin embargo, preconizado y sostenido por los hombres pensadores de aquella nación podía resolverse en completo beneficio de la Rusia con la reunión y concentración de setenta y ocho millones de Eslavos diseminados en Turquía, en Austria y Prusia, en razón de que es ella la que posee el mayor número de aquellos, y que los tiene unidos con los vínculos patriarcales y con las creencias religiosas.

Los Tchecos de Bohemia que se hallaban florecientes, así por su ingenio y por su industria, como por el renacimiento y regeneración de su literatura, aspiraban á reconstituir la nacionalidad

eslava; pero con el objeto de librarse de la dependencia de la Rusia habrían querido agrupar y atraer á sí las diversas familias eslavas, y hacer eslava á la misma Austria, cesando de ser alemana. Palasky y Scheferik se hallaban á la cabeza de este progreso legal fomentándolo con hechos y con palabras; cobraban ánimo cuando obtenían algunas mejoras parciales, y en el año de 1844, después de haber obtenido el derecho de elevar sus deseos al trono, pidieron que se emplease la lengua del país en los documentos y actos oficiales, que se suprimiese la lotería, y que la Dieta fuese presidida, no por un austriaco, sino por uno de los magnates del país. El Austria condescendió, y concedió algunas de estas peticiones, negó otras, y aprisionó á varios de los demandantes más osados y exigentes.

El triunfo obtenido por los demócratas suizos sobre el Sunderbund dió ánimo para hacer algunas tentativas contra Bâden y el Wurtemberg; en seguida, la revolución de París, de tal modo exaltó los ánimos, que el rey de Prusia se vió obligado á prometer la periódica reunión de los Estados. Cada uno de los actos de aquel soberano servía de pretexto y ocasión para hacer reproches al Austria, cuando hete aquí que estalla la revolución en Viena donde se promete una Constitución. Infiámase inmediatamente la Alemania, y flotan al viento los tres colores rojo, amarillo y negro; las peticiones se cambian en exigencias, los discursos en arengas revolucionarias. Los estudiantes expulsan de Monaco á la famosa Lola Montes barragana del rey, la cual había hecho expulsar á los Jesuitas, y el rey abdica. En Berlin corre abundantemente la sangre, y se obliga al rey Federico Guillermo á venir á contemplar los doscientos cadáveres que yacían en las calles, y á dar después una amnistía; y el rey para sustraerse del dominio de los vencedores de las barricadas que, vestidos con trajes de teatro y engalanados con plumajes y bandas de colores, recorrian las calles cantando y celebrando el renacimiento de los pueblos; se proclamó rey alemán. Siguiendo el ejemplo de los otros reyes, convocó una Constituyente; y como los otros, cuando vió que esta Asamblea atacaba los derechos soberanos, ó más bien, cuando volvió á recuperar la fuerza y el poder suficientes, la disolvió, prometiendo una Constitución basada sobre la que había sido proclamada, reformando entre tanto los tribunales y los procedimientos judiciales. Convocó, en efecto, las Cámaras, pero habiéndose puesto estas en abierta oposición con su ministerio Brandenburg-Man-teuffel del que no quería separarse, las disolvió.

febrero
de 1848.

17 de
marzo.

abril de
1849.

Más tarde, el rey sancionó una Constitución semejante á la Constitución belga. Además de

15 fe-
brero
de 1850.